

rica de las Españas (1985) y tres tomos de sus memorias: *Una vida presente* (1988-1989); *Nicol - La reforma de la filosofía* (1980) y *Crítica de la razón simbólica* (1982); Villoro - *Creer, saber, conocer* (1982) y *El concepto de ideología* (1982); Wagner de Reyna - *Analogía y evocación* (1976) y *Pobreza y cultura* (1982); Zambrano - *Notas de un método* (1989).

En el artículo *ANTROPOLOGÍA* extraña el hecho de que, con excepción de M. Heidegger, no se cita sino a los autores franceses o francófonos, mientras que los nombres de M. Scheler, J. Binswanger, E. Cassirer, etc., brillan por su ausencia. La entrada *BOLCHEVISMO* parece bastante desacertada en una enciclopedia filosófica; sin tener en cuenta la connotación casi exclusivamente política de este término, tratarlo brevemente en el artículo sobre *COMUNISMO* habría sido más que suficiente. Una actualización urgente pide lo escrito acerca de la *DIALÉCTICA* en la cual se ignoran además, por razones difícilmente comprensibles, los trabajos en lengua portuguesa, por ej. *Dialéctica* de G. A. Bornheim y *Dialéctica do Conhecimento* (2 t., 5ª ed. 1969) de C. Prado Junior, no siendo mencionadas ambas obras sino en las entradas propias de estos autores. La misma observación podría hacerse a propósito del artículo sobre *INTELIGENCIA* cuyo texto no recoge nada de la problemática compleja provocada por la invención de la «inteligencia artificial» (la óptica *sui generis* del signatario de dicho texto se manifiesta también en otros lugares; cfr. la conclusión del artículo *INTELECTO*). Sobre la obra y la actuación de Julien Benda se enseña solamente una verdad a medias: se silencia el hecho de que a partir de la segunda mitad de los años 40 el autor de la *Traición de los clérigos* se convirtió en un compañero de viaje de los comunistas franceses (cfr. L. A. Revah, *Julien Benda*, París, Plon, 1991).

Al fin, una corrección casi personal: la traducción comentada de tres textos de V. Ferreira da Silva al francés no es «reciente» y el libro en el cual figura tampoco fue publicado por la editorial parisiense del CNRS (el apellido de los autores coincide con el que se encuentra bajo estas líneas); los datos correctos son los siguientes: *Le temps et la mort dans la philosophie contemporaine de l'Amérique latine*, Toulouse-Le Mirail, 1971, pp. 85-110.

Para concluir, hay que repetir que esos numerosos apuntes críticos —que por lo demás, no pretenden la

exhaustividad— son concebidos desde la perspectiva del reconocimiento del alto valor intelectual de la enciclopedia *Logos*, del papel fundamental que debería desempeñar en el presente y futuro de la filosofía en lengua portuguesa en tanto que obra de referencia *evolutiva*, al mismo tiempo que útil, *mejorable*, luego desde la perspectiva que presupone la capacidad de *apertura* y la *revisabilidad*. Creo no equivocarme al haber discernido este aspecto como intencionalidad, tal vez más característica, de esta gran empresa común de los filósofos lusobrasileños; empresa sin duda precursora. ¿Para cuándo una *Enciclopedia de la Filosofía Hispánica*?

Zdeněk Kouřim

Una mirada oblicua*

En nuestra diversificada narrativa actual —no me refiero, claro está, sólo al momento presente, sino a los últimos años—, cabe asegurar que conviven indiscriminadamente múltiples tendencias, donde no faltan algunas novelas comprometidas con el análisis del período anterior al advenimiento de la democracia. Se trata, en estos casos, de una confrontación con la imperiosa

* Manuel Rico: *Una mirada oblicua*. Barcelona, Planeta, 1995. 245 págs.

sombra del franquismo, esa época tristemente lamentable —por decirlo de un modo suave— que tan graves consecuencias de índole psicológica, social y cultural, ocasionó a varias generaciones de españoles. Sin embargo el período franquista, considerado en su totalidad, no ha encontrado aún la gran novela que exprese lo que esa época supuso de horror y deformidad, y acaso debemos ya resignarnos a no conocer nunca esa novela, y conformarnos, en cambio, con un buen puñado de narraciones que contienen algunas de sus atrocidades. Estoy pensando, por citar alguna, en *El jardín vacío* (1981), de Juan José Millás, una indagación sobre la naturaleza del miedo y una cirugía sobre las sombras del franquismo adheridas a la piel de un hombre que transita por el laberinto de escombros de su pasado. Esta sombra oprobiosa, la memoria histórica de nuestro pasado, ha estado siempre presente en la narrativa de Manuel Rico, desde la publicación de su primera novela, *Mar de octubre* (1989), hasta la excelente *El lento adiós de los tranvías* (1992), situada en la opresiva atmósfera del referéndum de 1966. Ahí, Mario Ojeda iniciaba la búsqueda de su propia identidad indagando en la biografía de un famoso ilustrador y pintor republicano, del que no se sabe con certeza si está muerto o vivo.

Con *Una mirada oblicua*, Rico persiste en esta voluntad de introspección sobre la identidad, pero se trata, ahora, de una fecha más próxima a nuestro presente, el 23 de febrero de 1981, una fecha que pudo ser definitivamente fatídica y que suspendió, durante casi una jornada, la normalización democrática de nuestro país. Desde el núcleo de esa desestabilización social, la novela no pretende armarse como la crónica de unos hechos, sino que se resuelve en la purgación de una identidad —la identidad de Esteban Neira— malograda frente a una realidad política que le convulsiona y excluye de sus zonas fértiles y que terminará abandonándole a la incertidumbre y a la soledad. *Una mirada oblicua* tiene un comienzo muy revelador, uno de esos comienzos que, muy sutilmente, ya están proporcionando al lector el tema interno de la novela. De pie en su habitación, Esteban Neira está rodeado de fotografías que le remiten a un pasado de temblor y desasosiego que ha hecho de él un hombre solitario, casi borrado

por el tiempo y la historia. Esteban Neira es arquitecto y en la pared hay dos planos, uno corresponde a la ciudad en el siglo XVII y el otro es una perspectiva coloreada de uno de sus primeros trabajos, donde se lee «Proyecto de colonia. Idea de remodelación», con la fecha «Marzo de 1978». En la confrontación de ambos planos, uno histórico y otro actual, está ya presente la disposición de Esteban Neira por participar de un modo activo en la elaboración de un lugar habitable. Sin apenas mencionar la inferioridad del personaje, sin indicar el estado anímico de Esteban Neira, ya advertimos que se trata de un hombre comprometido también con el espacio moral de su tiempo. Estamos todavía en la primera página, y el mundo que se abre al lector está suspendido en el corazón de este hombre que está solo frente a la gravedad de las decisiones de su pasado.

Una mirada oblicua traza, por tanto, el desasosiego moral y anímico vivido por Esteban Neira a partir de la fatídica tarde del golpe de Estado, hasta noviembre de 1991, diez años en los que debe aceptar vivir en la incertidumbre, con la esperanza truncada y el deseo estéril, aislado y desorientado frente a su destino. Para Manuel Rico, ninguna de estas palabras (esperanza, deseo o destino), se conforman narrativamente en el mundo de la fabulación o del simbolismo neutro, sino que adquieren toda su presencia y valor en relación con los sucesos sociales y con la concreta experiencia política de esos hechos. De ahí el mérito anticipado de esta novela, en cuya concepción hay ya una clara voluntad de indagar en las consecuencias de la realidad política y social sobre las vidas privadas (si puede hablarse en rigor de vidas privadas), sin abandonarse a esquematismos de ideología ni a ese vaivén autocompasivo que ha malogrado tantas novelas donde el contexto prevalece y aplasta el dibujo de los personajes.

Aquí lo decisivo es mostrar cómo se conforma una vida y, a la vez, describir el itinerario sinuoso que conduce de la duda a las certidumbres probables. En efecto, Esteban Neira ha salido de una librería y lleva en las manos un libro: *No soy Stiller*, de Max Frisch. Mientras lo hojea en un bar, recibe la noticia de los disparos en el Congreso. De pronto, el miedo busca asentarse en el interior de su cuerpo, se desplaza vaciándole de sentido, y la ciudad que lo protegía se llena de un latido

temeroso. Todo, de repente, se ha transformado y parece hundirse en un túnel de oscuridad. Al seguir estas páginas, el lector que conoce los acontecimientos no puede ignorar que este hecho, el asalto al Congreso, será la línea que separe el final de la transición del comienzo de la consolidación democrática. Para Esteban Neira, sin embargo, será el comienzo de un descenso que atravesará los espejos rotos donde se fundamentaba su vida. Ese mismo día debe ayudar a una muchacha herida bajo un autobús, y por la noche, con su mujer, Andrea, y su amigo Germán, buscar refugio en una casa de campo. El miedo también les acompañaba, y junto con el miedo va también con ellos una premonición dramática que Esteban respira en el aire y que adivina en los ojos de Andrea. Ella es psicóloga y Germán adolece de ese alcoholismo del triunfador que requiere compasión, pero que también despierta en la mujer una misteriosa necesidad de rescate. Los fervores y entusiasmos y el amor compartido de Andrea y Esteban comienzan a desmoronarse. Los años vividos durante el «tiempo del oprobio» (una expresión cuya utilización anafórica resulta en la narración altamente eficaz), ese tiempo que parecía clausurado, persiste todavía con la remoción de los hechos de esa noche y pudrirá la deseada y ya imposible armonía de la pareja, que acabará rota, otro espejo a atravesar, y Esteban Neira abandonado, a la deriva de su propio destino.

Lo que cuenta *Una mirada oblicua*, con una sutil precisión cronológica que sitúa la historia en un tiempo perfectamente identificable, es el debate interno de Esteban Neira, quien debe conciliar su pasado y su presente, y reunir ambos en una difícil mezcla que dé sentido al futuro, sin renunciar, por ello, a sus orígenes. Esteban Neira se convierte en un hombre segregado de su tiempo, del curso de la historia, un hombre cuyas vivencias ya no le pertenecen del todo y que vive de emociones ajenas y de la confusión de identidades que le proporciona la lectura de la novela de Max Frisch, con su personaje acechado por la culpa de no ser quien debía ser: «Yo vivía el desentendimiento con resignación, desde una existencia plana. No salía apenas y sólo el estudio, la casa y la peripecia de Stiller parecían gobernar mi vida» (pág. 68). Y más adelante: «Sobrevivía amarrado a las convicciones que habían cimentado

mi comprensión del mundo, a una lealtad sin mella a la memoria heredada, a la sombra del padre» (pág. 100).

A esta introspección, que va humedeciendo de desasosiego e infortunio cada página, hay que añadir el rigor y las destrezas de su composición, pues *La mirada oblicua*, aun siendo una narración que se somete deliberadamente a la transparencia de su argumento, está construida mediante la superposición de diversas voces, con un ejemplar predominio de la voz de Esteban Neira, autor del grueso de la historia: a través de la escritura, busca Neira el conocimiento que lo salve de la inanidad. Sin embargo, de haber mantenido sólo esta voz, acaso la novela hubiera ofrecido un pobre panorama de la abrupta realidad que pretende abarcar y, como sucede con frecuencia en toda narración en primera persona, los hechos podrían estar distorsionados por la mirada privada del narrador, por su propia soledad. De ahí la incorporación de las reflexiones de Andrea (magníficas, tal vez las más precisas y contundentes de toda la novela), que muestran el otro lado del deseo, y que iluminan y explican la tendencia de Esteban Neira a dejarse llevar por su fascinación por el fracaso. A la vez, la novela está encerrada en el círculo que delimita un narrador onmisciente, extraño y ajeno a los acontecimientos, quien se hará cargo de su sentido final, al apoderarse de la última parte, «Libro del desescombros», aunque ya antes había circulado por el texto dotándole de la necesaria objetividad. Esta mirada amplía la novela y la convierte en una perspectiva sobre nuestro tiempo y a Esteban Neira en símbolo vivo de una colectividad.

En efecto, *Una mirada oblicua* es una de las pocas novelas actuales que mantienen un compromiso moral con la época que le ha tocado vivir. A diferencia de tantas novelas predestinadas a no dejar ninguna huella en la memoria, se desmarca de los peligros de esa trivialidad que ha hecho del presente un luminoso escaparate vacío. Manuel Rico ha optado por el rigor y la precisión; de ahí que cada libro suyo imponga al lector el reto de enfrentarse, no a un cúmulo de ingeniosidades y de vagas ideas literarias, a que es tan proclive la narrativa actual, sino a una verdadera experiencia, a una experiencia reveladora de una realidad política y social, de la que todos, irremediabilmente, somos partícipes.